

LUIS MATTINI

“El error más grande que cometimos fue subestimar a las Fuerzas Armadas”



03-08-09 / El escritor y ex dirigente del PRT-ERP acaba de publicar *El caso Lisboa*, su última novela, mezcla de ficción y realidad. Fue el heredero de Santucho en la conducción de la organización armada. Fidel, Guevara y la autocrítica.

Por Jonathan Rippel

Pretende ser una novela. O sea, se supone que es una ficción, pero la verdad es que los hechos contados en el libro existieron. Conocí a todos los personajes que aparecen: los tomé de la realidad. Por supuesto que algunos están prefabricados y otros son más o menos como eran. Y la situación era más o menos la misma. Pero le sumé algunos toques literarios. Es decir, es una historia real contada en forma de novela”, explica Luis Mattini (seudónimo que usó Arnol Kremer Balugano cuando fue dirigente del PRT-ERP y que sigue usando como identificación del compromiso militante) sobre su último libro, *El secreto de Lisboa*. Un secuestro político de novela, en el que cuenta la indagación de una muchacha italiana, hija de una pareja de ex militantes del ERP, al enterarse de la posibilidad de haber sido engendrada por un estadounidense secuestrado en Lisboa por una célula de dicha organización, en un operativo en el que la madre de la italiana participó con un rol fundamental: poniendo el cuerpo.

–Una parte de *El secreto de Lisboa* transcurre en Venezuela y los personajes hablan sobre Chávez, que es criticado ferozmente por la derecha argentina y también por cierto sector que se considera progresista y que menciona que la pobreza en ese país sigue siendo alta. ¿Qué opina?

–El escenario de Venezuela lo inventé. Tengo muchas referencias de cómo es Caracas, y muchos amigos que están allá y militan. La admiración por Chávez la puse en uno de los personajes del libro, *El Tordo*, que está basado en una persona real que vivió en Venezuela. La novela es casi un homenaje a él, ya que murió poco después de que terminara de escribirla. Esa confabulación que

hay contra Chávez es muy parecida a la que ocurrió en Chile contra Salvador Allende. Creo que Chávez es un fenómeno curioso y muy interesante, pero no es el Che Guevara ni Fidel Castro. Como fenómeno actual de América latina, sigo con mucha más atención a lo que pasa en Bolivia.

—A Fidel y al Che, ¿los conoció personalmente?

—A Fidel sí, lo traté en varias oportunidades. Pero cuando fui a Cuba por primera vez, el Che ya había muerto. Algunos compañeros sí lo conocieron, y hasta trabajaron con él. Para los jóvenes de aquella época, el Che era contemporáneo. Entonces, no sólo lo admirábamos sino que lo discutíamos. No es como ahora que se lo toma como algo cerrado. Debatíamos la teoría del foco guerrillero. Y era un personaje discutido por nosotros, no en el sentido de que estuviéramos en contra sino en cuanto análisis de lo que estábamos de acuerdo y lo que no. En particular, en mi grupo éramos partidistas, mientras que el Che nunca fue partidario de un partido. Pero eran diferencias de enfoque: nada más. Lo que sí teníamos era una confianza total en cuanto a su ética y su entrega revolucionaria.

—¿Y Fidel?

—Con él tuve una larga entrevista, que duró toda una noche. Fue en el año '73, cuando asumí Cámpora. Fui a Cuba en nombre del PRT. Habíamos solicitado una entrevista. Nosotros éramos bastante pedantitos para ser jóvenes, porque la verdad es que llevaba instrucciones precisas del buró político de Santucho de que si la entrevista no era con Fidel, no se planteaba el plan (ríe). Una grosería diplomática porque si Fidel mandaba a su hombre, era en su representación. En esa oportunidad conocí al comandante Ochoa, que muchos años después fue fusilado, y a Fidel, a quien fui a plantearle que queríamos hacer una guerrilla en el monte de Tucumán y que deseábamos entrenamiento. Y él dijo: “Pero, ¿no le van a hacer una guerrilla a Perón?”. Le respondí: “No, comandante, quédese tranquilo, eso no lo vamos a hacer: estamos preparándonos para cuando muera Perón, lo que ocurrirá en cualquier momento”. Y efectivamente, murió a los pocos meses. Y él empezó a preguntar por los detalles, cómo era Tucumán y el norte argentino, que no conocía. Hablamos también de la Guerra del Paraguay. Me acuerdo que lo sorprendí cuando le dije que en esa guerra la yerba mate había sido alimento básico de los paraguayos. Y él bromeó: “Con razón al Che le gustaba tanto”. Finalmente me dijo que no, que no podían darnos entrenamiento porque tenían relaciones diplomáticas abiertas con la Argentina. Bueno, nosotros sabíamos que era así. Pero lo que más me impresionó de Fidel fue su visión de conjunto y su capacidad de no perderse los detalles.

—En un momento de la novela, un personaje lleva a cabo una operación decidida por la guerrilla en la que debe seducir a un turista adinerado con el fin de que fuera más fácil secuestrarlo y financiar luego a la guerrilla con “el botín”. Eso lleva a pensar en lo sacrificado que es la participación en una causa colectiva en la que las decisiones de la vida privada se mezclan con las colectivas. ¿Qué opina al respecto?

—En la novela pongo que fue paradigmático en la historia del PRT. Esta organización tenía fama de ser muy puritana. Lo que cuento en el libro, de que una mujer tiene que seducir a un tipo para poder capturarlo, era común en la Argentina. Para empezar, cuando necesitábamos robar un auto: lo primero que hacíamos era buscar a una compañera. O sea, usar de señuelo a una mujer era común. Por supuesto, con el total acuerdo de ella. Era un acto voluntario. Pero siempre se armaban las operaciones de tal manera que la compañera coqueteaba, actuaba para distraer al tipo, y podía llegar a ser un apretón, pero siempre el equipo actuaba antes de que se viera obligada a ir más lejos. Recuerdo que una vez discutimos y les pregunté a las compañeras: “¿Ustedes están dispuestas a acostarse con un tipo del enemigo?”. Les planteé el problema, que era muy común en la Segunda Guerra Mundial y en la historia de la humanidad. Ellas respondieron: “Sí, por supuesto”. Pusimos la condición de que la operación fuera por algo que valiera la pena, que estuviera la vida de

compañeros de por medio o la posibilidad de salvar presos, por ejemplo. Los varones se mostraron más reticentes. Finalmente, llegamos a la conclusión de que correspondía, que no era inmoral. Cuando nos pusimos de acuerdo, como dirigente, les dije a los hombres: "Tengamos en cuenta que puede tratarse de nuestras compañeras". ¡Ah, pucha! (ríe).

—Afirmó en una nota que si bien el marxismo señalaba al proletariado como el que liberaría a los demás mediante la toma del poder, la Revolución Rusa demostró que no era así, ya que "no mejoró sustancialmente la situación de la mujer, ni de las minorías".

—Sí, he sido un marxista, y lo sigo siendo, en el sentido de compromiso. Cuando era joven, era un marxista rígido. Pero el marxismo dice que la transformación se basa en un cambio económico: una nueva clase, la obrera, que toma el poder, y que el socialismo se construye de esa manera, y que el resto de las opresiones serían, entonces, "secundarias", como llamábamos en esa época, por ejemplo, a la opresión a la mujer. Nadie decía que eso estuviera bien, pero se argumentaba: "Eso se va a lograr cuando se emancipe lo principal". Estoy convencido de que fue un profundo error, y por eso estoy peleado con casi todos los marxistas, mis viejos colegas y los nuevos, que me tratan de renegado. La historia demostró que no es cuestión de prioridad. El proletariado tomó el poder en la Unión Soviética y la situación de la mujer no cambió. Y lo mismo ocurrió con la opresión a otras minorías, con la elección sexual y el problema del racismo. Creo que hay que apoyar la lucha de todas estas minorías, que tienen una condición fundamental que consiste en que su lucha es radical: no pueden detenerse porque si lo hacen se termina el sentido de la pelea. En cambio, otros pueden negociar. La clase obrera, y yo vengo de la clase obrera sindicalista, negocia un mejor salario. Pero la mujer no puede negociar en cuanto a sus reivindicaciones porque de hacerlo sigue dominada como mujer. Y lo mismo pasa con el racismo o con las minorías sexuales.

—¿Comparte lo que planteó Ernesto Sabato en un ensayo al criticar tanto al sistema comunista como al capitalista porque el primero, decía, se ocupa de la sociedad pero no del individuo y con el segundo sucede lo inverso? Es decir, ¿está de acuerdo en que fracasaron ambos sistemas y que en definitiva fracasó el hombre?

—Estoy de acuerdo en que es válido el planteo de Marx de la contradicción capital-trabajo. Lo que sí ha fracasado es la idea de que la clase obrera podía reemplazar a la burguesía y hacer una sociedad mejor. Cuando ocurrió en Rusia, se vino todo abajo. Además, ya no hay clase obrera en el sentido en que se la planteaba en la época de Marx. Hay que buscar nuevos caminos. La emancipación pasará por otro lado.

—Usted sucedió a Mario Roberto Santucho en la conducción del PRT-ERP tras su asesinato en julio de 1976. ¿Por qué lo reemplazó?

—Éramos un partido clásico leninista puro. Es decir, teníamos un comité central, un buró político y un secretario general, que a la vez era comandante de la fuerza militar. Las decisiones se tomaban por votación. Era un organismo colegiado. Santucho traía propuestas y había que votar. Por lo general, las decisiones se tomaban por unanimidad. Con Santucho estuvimos varios años en el buró político. Lo que ocurrió es que tuvimos que incorporar a nuevos miembros al buró, porque varios que lo habían integrado cayeron. De haber sido entre seis y ocho miembros en el buró, pasamos a ser cuatro. Y golpearon a tres: Santucho, Domingo Menna y Benito Urteaga. Automáticamente, entonces, tomé el mando. Y después se reunió el comité central y me ratificó como secretario general. Luego hubo una reunión más amplia y se volvió a ratificar.

—Usted conoció muy de cerca a Santucho. ¿Podría contar alguna anécdota suya que vaya más allá de la política?

—Hay gente que tiene en Santucho una veneración de tipo religiosa. Yo tengo

admiración por él. Fue un dirigente, el hombre al que seguí. Para mí, Santucho fue, sin duda, el sucesor del Che Guevara en la Argentina, porque fue el que mejor lo interpretó y el que hizo cosas más parecidas a él en el sentido de lo que se había propuesto. Yo ya tenía varios años de experiencia en política cuando conocí a Santucho. Él no me impresionó porque fuera un brillante comandante o intelectual, o un sagaz político. Lo que me impactó fue que era un hombre que lo que decía, lo hacía. Este también era el rasgo de Guevara. Y nosotros vivimos en un país demasiado acostumbrado a decir cosas y no hacerlas. Santucho, además, si proponía algo, lo hacía con una convicción tal que te entusiasmaba. Aunque al principio no estuvieras de acuerdo, seguía hablando y te persuadía. Y te convencía porque era el primer convencido.

—Expresó hace un tiempo: “Puedo hacer autocrítica de las cosas que hemos hecho mal, pero no me arrepiento de mi historia”. ¿Qué autocríticas hace y qué es de su militancia lo que le provoca más orgullo?

—Si tengo que hacer una autocrítica, debo hacer una lista y estaremos todo el día. Pero no estoy arrepentido de lo que hicimos, porque lo realizamos de acuerdo a determinadas circunstancias. La autocrítica no es arrepentimiento sino un “lo hicimos mal, ahora hagámoslo mejor”. Lo mejor que tuvimos fue la creatividad. En la novela este aspecto no está nada exagerado: fue así. Lo quiero transmitir a las nuevas generaciones, por ende, es que nunca hay que decir “no se puede” sino “probemos”. Por eso, lo que más critico en la actualidad es la falta de creatividad. Otro factor que reivindico es el poder de decisión que teníamos. Nosotros, lo que decíamos, lo hacíamos. Algunas autocríticas que puedo señalar: fue un error, por ejemplo, haber hecho operaciones armadas durante el gobierno de Cámpora y en el de Perón. Tengo varios libros escritos en los que hablo de los errores. No les puedo dar consejos a las nuevas generaciones porque el mundo cambia. Nosotros agarramos el fúsil porque estaban dadas las condiciones para hacerlo: no sé lo que se agarrará ahora. Sí hay cierto consejo que se puede dar y es decir que el error más grande que cometimos fue subestimar. Nosotros subestimamos al que considerábamos nuestro enemigo: las Fuerzas Armadas. Y estas nos sobreestimaron a nosotros. Es la tragedia del país. Es gravísimo. No hay que subestimar a nadie. Nunca.

—Estuvo exiliado en varios países. ¿Cómo recuerda el exilio?

—Nosotros salimos de la Argentina y fuimos a Italia, porque en los países limítrofes era imposible y nuestro objetivo era ir a Cuba a buscar mayor entrenamiento. Considerábamos que estábamos retrasados con respecto a la formación militar. Era un error ver todo en términos militares. Cuando nos encontramos en Italia, nos entrevistamos con los cubanos, y les dijimos: “Ahora hay una dictadura en la Argentina”. Teníamos con ellos una relación como de hermanos. Nos respondieron: “No puede ser, están todos los días cayendo compañeros en las calles: paren”. Que los cubanos te digan que pares, es medio... En esa reunión del Comité Central decidimos quedarnos un tiempo fuera del país, reorganizando la fuerza, viendo los errores que habíamos cometido, para después retomar la fuerza. Ahí se decidió que (Enrique) Gorriarán Merlo, otra gente y yo nos quedáramos afuera. Yo había salido del país con un pasaporte falso. Con ese pasaporte viví lo que iban a ser tres meses en Europa, cuatro años. Yendo, viniendo, laburando clandestinamente, y no sintiéndome exiliado. Lo éramos pero no para nuestro estado mental, porque pensábamos que estábamos fuera del país organizando la retaguardia para regresar con todo. En esas circunstancias pasó lo de Lisboa, que cuento en la novela. Yo era públicamente Luis Mattini. Tenía ese documento falso, con eso vivía, y después fui a parar a México, donde imperaron los conflictos internos. Por un lado, Gorriarán, y por el otro, yo. En aquel momento nos queríamos matar el uno al otro. Hoy en día digo que “ni todos los buenos estábamos acá, ni todos los malos allá”. Finalmente, el PRT se disolvió. Quedaron algunos grupos, de hecho, todavía hay algunos dando vuelta que se dicen PRT, pero, como estructura, quedó disuelto. En México una fracción del PRT planeó una operación que me podía complicar la vida y decidí presentarme en las Naciones Unidas con mi verdadero nombre: Arnol Kremer.

Les dije que vivía en México. “¿Y cómo vino acá?”, me preguntaron. Contesté que me habían prestado el pasaporte. “¿Y dónde está el pasaporte?”, me dijeron. Les respondí que se lo había devuelto a la persona que me lo había prestado. Me habían enseñado que tenía que decir eso. Y entonces la ONU consiguió que Suecia me recogiera como exiliado. Necesitaba salir de México, pero no tenía documentos para hacerlo. Los mexicanos me preguntaron cómo había llegado allí. Les hice el mismo cuento: que me habían prestado el pasaporte. “Entonces está ilegal”, se indignaron. “Por supuesto que estoy ilegal, y quiero irme”, les manifesté. Me obligaron a pagar una multa y me expulsaron formalmente de México. Fui con una carta de viaje a parar a Suecia como Kremer. En ese momento me sentí exiliado. En Suecia me dieron un pasaporte de la ONU llamado “pasaporte apátrida”. Este decía que uno era un refugiado político. Estaba en sueco, inglés y francés y sostenía que “era válido para todos los países del mundo menos para Argentina”. En ese entonces entendí lo que les pasaba a los polacos, los soviéticos y los cubanos, que no podían salir de su país. Era al revés de mi caso. Es que, con la dictadura, era lógico que no nos dieran permiso para volver al país.

*Arnol Kremer Balugano se inició en la vida política en 1959 en el grupo Praxis. Fue activista sindical en ATE, UOM y Navales; protagonista de las luchas políticas de los '60, y dirigente del PRT-ERP con el “nombre de guerra” Luis Mattini en los '70, organización de la que fue secretario general tras el asesinato de Mario Santucho. También fue docente en la Cátedra Libre “Che Guevara” de la UBA. Ha publicado los siguientes libros: Hombres y mujeres del PRT-ERP; La política como subversión; El encantamiento político –de revolucionarios de los '70 a rebeldes sociales de hoy; Los Perros - Memorias de un combatiente revolucionario; Los Perros 2 - Memoria de la rebeldía femenina en los '70; Cartas profanas - Novela de la correspondencia entre Santucho y Gombrowicz, y El secreto de Lisboa. Un secuestro político de novela. En colaboración con otros autores publicó: Che, el argentino; Los espejos rotos; Contrapoder - Una introducción; y ¿Qué son las asambleas populares?.

Actualmente participa en la actividad de los grupos autónomos y es coordinador de la Cátedra Libre “Che Guevara” en la Universidad Nacional de La Pampa. Y comenta libros en Le Monde Diplomatique.